

Gerónimo Carrasco V.

CLAVADOS

J.C. Sáez, editor. Santiago, Chile, 2003.

He aquí un libro del cual ya podemos celebrar la consolidación de un estilo (concepto sobre el que volveremos más adelante), la concreción definitiva de una poética que a través de entregas sucesivas (*Brindis*, *La insidia del est sobre las cosas*, *Cafés*), dibuja y desdibuja el panorama de una fértil provincia que, sin embargo, no es fácilmente ubicable en el mapa. *Clavados* es la expresión más pulcra — los detractores del libro seguramente se espantarían con este adjetivo — de un Santiago, nombre provisorio de la urbe imaginaria de Carrasco, contrapuesto al vocabulario que habitualmente esgrimen los promotores a ultranza de nuestra modernidad coja, incompleta y, a pesar mío, subsidiaria. El selectivo enfoque de la cámara con que el hablante recorre esta ciudad solo suaviza un cedazo a la hora de dar cuenta de ciertas zonas que no son ni las del esplendor citadino, pero tampoco las de la marginalidad reiterativa y monosonda de otros autores de menofreys recursos: más bien la mirada se detiene — aunque este no es el término más adecuado: la mirada, en realidad, se pasa — por parques y cementerios, las ya empujadas casas de fachada continua, reminiscencias de viajes ficticios y/o verdaderos, lugares de reunión cotidiana (devaluados ante el avance avasallador de una modernización descada o impuesta, da, a estas alturas, lo mismo), como las ferias libres, el mercado de paños de independencia ya referido anteriormente en *Cafés*.

Y ese paseo de la mirada —el poeta hablaría de surfear— esconde tras de sí toda la filosofía implícita en el libro, el carácter rizomático (préstamo Guattari-deleuziano) donde las superficies son todo el posible espesor de la mirada, donde una bella seppunurista japonesa (otro de los tantos motivos recurrentes del conjunto, a la par de las insulas extrañas, de los lugares agresivamente monolingües y el canto de los chincoles, entre otras metáforas que recorren de punta a cabo este conjunto) multiplica y no agota la horizontalidad de estas figuras donde todas se remiten las unas a las otras en un *continuum* que hace de la lectura de estos poemas una especie de novela por entregas, donde cada poema pasa a ser un párrafo, un jalomamiento o un capítulo. Si nos detenéramos, aun cuando brevemente, en el poema titulado "Canto de chincoles (o la más bella acupunturista japonesa)", veremos que el texto nos ofrece una nueva vuelta de tuerca, i.e., una ampliación y una profundización de la *matte (ecolra?)* de sentido que mueve al volumen en su totalidad, a saber: la imagen del clavado y su inmersión orfíaca, no en las profundidades sino en una piscina vacía, en busca de una potencial Euridice que no aparece por ninguna parte (*de la maza ya no queda ni el perfume*, decía el autor en *Cafés*). Pero en "Canto de chincoles (...)", la inmersión se hace en la oreja de un auditor (¿la mirada del lector?), a través de la aguja de la acupunturista o del pico de los pájaros. El clavado-pinchazo, entonces (o, tal vez, la intravenosa), ofrece una suación a través de una melodía, ya sea con la cina de Kents (*las melodías que se escuchan tan dulces, pero las que no se escuchan lo son aun más*), ya sea con la traducción popular del canto de los chincoles, de acuerdo con la cual estos preguntarían más o menos lo siguiente: "¿Fui visto a mi tío Agustín con un

AUTORÍA

Gómez, Cristián, 1971-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Clavados [artículo] Cristián Gómez O.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile